

PENSANDO en RIPOLLES

NINGUNA FECHA GRIS ES EL COMIENZO HISTORICO DE LA CONDAL VILLA

por JUAN PRAT COLOMER

Aquel 20 de abril, fecha excepcional del calendario ripollés, coincidió —con natural exactitud— cuando se abrieron los primeros brotes —también brotes históricos— de los ubérrimos árboles de la confluencia pirenaica.

Se cumplen ahora 1.080 años de la fecha memorable. Entonces, como ahora, las altísimas cimas nevadas de los colosos del Pirineo dejaban deslizar hasta el fondo del valle —nuestra comarca— aquel airecillo helado, fino y liso, transparente, cargado de perfumes de las sierras altas umbrívolas. Hoy, como entonces, las puntas a florecer empiezan a abrirse, medrosas y vacilantes... Pero ahora no se pueden oír los ecos trompeteros, ni el retumbo de cuernos, ni el repique de la escolta de nobles cabaceros, ni ondean —al impulso del viento— los pendones y gallardetes gloriosos de los Condes de la Reconquista: ni relucen las mitras de Obispos y Abades, ni son mecidas las campanas...

Nuestro 20 de abril es ahora triste y alegre al mismo tiempo. Dejamos el soñar porque los corazones están apegados al materialismo que corroe y reduce a la servidumbre de la materia. Estamos viviendo de poca honradez y mucha sonrisa bajo cantos de «kermesse» que crea falsa popularidad. Si continuásemos fieles a la tradición scberana de nuestros antepasados, podríamos llegar a ser dignos de oír el despertar de clarines y la voz mayestática del pregonero de la historia, que nos leería la reseña del fasto más importante.

La conmemoración de esta fecha, de aquel día lejano del 20 de abril del año 888 —piedra angular de nuestra historia, primera vaharada de vida de nuestro pueblo—, viene siendo recordada íntima y devotamente, con una chispa de alegría al pensar que otro año se une al millar que sostiene la corona condal de nuestra

Villa y que hasta las mismas piedras de nuestras calles, de nuestros hogares y de nuestros sacrosantos monumentos parecen saltar de gozo en recuerdo de tan señalado día.

Sobre el libro de oro —siempre blanco— de nuestra historia, nombres gloriosos escribieron la primera página. En la fecha brillante de la antigua cuenta a 20 de abril; en el año I de Odón; Año de la Encarnación de Ntro. Sr. Jesucristo 888; indicación VI - epacta IV, por la munificencia de los Condes Soberanos, signaron la primera dedicación del Monasterio de Santa María de Ripoll, el Conde Wifredo, su regia esposa Winidilda, el primer obispo de Ausona Godmaro y Recemiro, abad, siendo primer abad del cenobio ripollés, Daguino. Con esta acta copiada por Marca al apéndice LXI, se dio vida a la población ripollésa, establecida en la confluencia del Ter y Fresser bajo el manto protector de la Virgen.

Después, han seguido escribiéndose páginas y más páginas, días de Tabor y días de Gólgota, hasta llegar a la fecha actual consignando que Ripoll no puede olvidar el primer folio que fue el comienzo de tantas glorias y el motivo del nombre de ripolleses que nos honramos en poseer, porque no todos los pueblos tienen una fecha de tanto lustre ni tanta trascendencia para la historia patria, unida a los nombres de los ilustres próceres que dieron vida a nuestra villa y con ella pusieron el eslabón más firme para la Reconquista.

Si ésta fuera una fecha gris —como la primera piedra de cualquier villorio, como la última teja de la más apartada masía— nada deberíamos añadir. Pero, a pesar de que a veces no nos importa demasiado olvidar, la historia perdura y desde este rincón olvidado nos invita al sentimentalismo de una fecha gloriosa en que ella misma reseñó el nombre de Ripoll con el lauro de la inmortalidad.

